

RESEÑAS

SALEM, DIANA B. 2012. *El yugo de la memoria-Autoficciones*. Buenos Aires: Biblos. 111 pp.

Con este nuevo texto Salem se coloca a la vanguardia de la crítica y la teoría literarias al profundizar en una de las problemáticas más distintivas de la literatura de la postmodernidad: los problemas identitarios colocados de tal modo en el eje de la ficción que han llegado a constituirse en una característica presente en un sinnúmero de textos que acreditan su pertenencia al registro autoficcional, registro que estas páginas se ocupan de definir, caracterizar y ejemplificar.

El libro que nos ocupa consta de dos partes bien definidas a saber: un primer capítulo, eminentemente teórico, en el cual Salem expone su tesis de trabajo, y siete capítulos más, en los que se analiza la obra de diferentes autores cuyas narrativas se encuadran dentro de los fundamentos que caracterizan estas formas literarias. El libro se cierra con una coda-homenaje al recientemente fallecido Héctor Bianciotti y una completa y rica bibliografía.

En la primera parte, introducida por una pregunta de tipo ontológico: ¿quién soy yo?, Salem nos conduce, en forma convincente y ordenada, por las intrincadas rutas a través de las cuales la autobiografía devino “autoficción”, un neologismo pergeñado en 1977 por Doubrovsky en la contratapa de su libro *Fils*, un vocablo que dio nombre a un concepto que, desde su aparición y dado su carácter híbrido y ambiguo, no ha cesado de ser estudiado y sujeto a diferentes definiciones y controversias. La estrategia analítica de Salem es impecable: en esta primera parte de su tesis, se aboca al rastreo histórico de la autobiografía concebida como tradicional y nos ofrece un rico panorama de su devenir desde aquellos (en términos de Foucault) monumentos arqueológicos como las Confesiones de San Agustín, los Ensayos de Montaigne o las Confesiones de Rousseau, obras todas que recién en 1800 serían categorizadas bajo la común denominación de autobiografías pues aparecen como tales en el preciso momento en que el “hombre occidental generó una moderna conceptualización de la comprensión histórica de su existencia” [23]. La lista de autores que

han contribuido a definirla es extensa y cada uno de ellos es mencionado con explicitación de los aportes que supieron crear para dotar a la autobiografía de sus caracteres determinantes: Weintraub y su distinción entre autobiografía y memoria, Georges Gusdorf y sus reflexiones teóricas sobre la importancia de la memoria y el lenguaje en la reelaboración de los hechos del pasado. Jacques Derrida y la ambivalencia de la escritura que supone, en su puesta en palabras, toda una acción positiva contra el olvido, Walter Benjamin, y su aserción de la importancia del presente como lugar desde donde se recuerda. No faltan en esta enumeración autores de la talla de Sartre y su experiencia de la aprehensión del mundo a través de la palabra en su obra llamada precisamente *Les mots*. Mención aparte merecen los párrafos dedicados a Philipe Lejeune, hasta hoy el teórico que más avanzó en el tratamiento estatutario del sujeto autobiográfico y en la determinación de su ya canónico pacto que este tipo de escritos establecían con el lector, y a Paul de Man y su concepción de la autobiografía como un tropo que refleja especularmente los mitos de la identidad y que se hallaría, por lo tanto, presente en todos los textos.

A continuación, Salem se aboca a discernir y circunscribir la autoficción propiamente dicha, a la que describe, en una primera instancia, como discurso y práctica de la ambigüedad, como idea superadora de la autobiografía. Caracteriza a las autoficciones como una suerte de nuevas autobiografías signadas por la escritura de un yo errático, y en constante transformación. La autoficción debe ser concebida, subraya nuestra autora, como un “juego de la identidad, como una zona de experimentación que fluctúa según la dirección que el autor le dé a ese juego, cuando se aleja de la credulidad autobiográfica” [29]. También destaca cómo la intensa producción que circula en la actualidad muestra una superación en la idea de lo autobiográfico que avanza hacia lo autoficcional en momentos en que, a su vez, los conceptos de verdad, ficción y autenticación en los relatos están siendo revisados por nuevas teorías y especulaciones. No faltan, en este estudio, referencias puntuales a autores que han sumado aportes para la descripción de este concepto, entre los que destacaremos sólo el de Regine Robin, quien ve a las autoficciones como escrituras de un YO que es ficción, ser de lenguaje, lo que hace que el sujeto narrado sea un sujeto ficticio

en tanto narrado”. Considerada como la autobiografía de la postmodernidad, la autoficción, puntualiza Salem, ha devenido un género sobresaliente del siglo XXI.

Después de presentar su tesis en esta primera parte, Diana Salem ensancha el campo de su reflexión en una serie de capítulos en los que se aboca al estudio de diferentes autores en cuyas narrativas pueden ser aplicadas las nociones precedentes. El primero de ellos es el poeta Arturo Carrera, a quien define como autor-constructor de su identidad. El trabajo sobre este autor va precedido de un estudio en el que se ponen en relación los conceptos de “sujeto lírico –sujeto autobiográfico ficcionalizado o en vías de ficcionalización” [39]. Como se deduce de este ensayo, la poesía de Carrera podría ser definida como una resistencia al olvido y también como una fundación de la escritura en la vida o de la vida en la escritura.

En el capítulo siguiente, “Javier Marías y las ‘falsas novelas’” se destaca de qué forma este autor le pide “préstamos” a su propia vida para escribir. Y se analiza a través de sus obras *Todas las almas* y *Negra espalda del tiempo* el carácter inclasificable y ecléctico de una producción que participa de diferentes discursos, discursos que el autor suele introducir en sus novelas, al mismo tiempo que suma elementos para ampliar las posibilidades de lectura, crea pistas falsas sobre la naturaleza de sus ficciones y coloca a sus lectores en esa zona de incertidumbre a la que Salem hace mención en repetidas oportunidades.

En el capítulo cuarto, “María Rosa Lojo: semántica de una identidad colectiva”, Salem nos ofrece una amplia visión de la obra de esta autora en cuya narrativa la búsqueda de la identidad es un *leitmotiv* permanente. Los análisis de *Árbol de familia*, *Canción perdida en Buenos Aires al oeste*, *La pasión de los nómades*, *Finisterre*, entre otros, no hacen más que corroborar este rumbo de su escritura y ayudan a responder preguntas de lacerante actualidad: ¿qué es la identidad hoy?, ¿qué es lo íntimo en una época en la que el individuo se ve, no sólo como alguien relacionado con un espacio privado, personal, sino también con otro público?

“La literatura no puede cambiar el mundo o la vida. Sólo puede llegar a ser un destello, un fogonazo, un grafiti, un escrito en el muro” [73]. Esto decía Héctor Tizón, quien –según Salem–

“representa una de las voces más auténticas de la narrativa argentina actual” [73] y cuyos textos “juegan permanentemente con la ambivalencia entre el recuerdo de hechos reales, desdibujados por la memoria fugaz y la invención pura, consciente, no obstante, de la condición puramente verbal de la literatura” [69].

Salem dedica el sexto estudio al escritor sudafricano J.M. Coetzee (Premio Nobel de Literatura de 2003). El trabajo que se realiza sobre las formas narrativas de sus textos (escritos en diferentes personas gramaticales) nos ilustra sobre las diversas posibilidades de expresión de las construcciones autoficcionales y las múltiples máscaras que nos presenta el autor en su afán por amalgamarlas zonas imprecisas de lo vivido y lo inventado.

El capítulo séptimo incursiona en las posibilidades y características de la historieta para contar una historia: el caso de *Maus*, el *commic* de Art Spiegelman, a través del cual este autor narra la tremenda experiencia del holocausto. Salem explora este singular instrumento de expresión que se ocupa de un tema tan sensible y delicado analizando sus modalidades de transmisión sin exclusión de numerosos datos sobre la gestación de dicho *commic* y las estrategias pretextuales que su creador concibió.

El último de los trabajos críticos reviste una especial importancia: estudia la autoficción vinculada al cine. Salem analiza un experimento llevado a cabo en internet por los cineastas Ridley Scott y Kevin McDonald. Se trata de una película colectiva que, bajo el nombre de *Life in a day*, muestra filmes caseros enviados por el público bajo la siguiente premisa: debían ser vídeos de la vida cotidiana de los usuarios. Se pone el acento en la exploración y las posibilidades que detentan estas autoficciones visuales que señalan una tendencia de la cultura contemporánea de la imagen.

El libro se cierra con una coda-homenaje dedicada a Héctor Bianciotti, un autor fetiche para Salem (su libro anterior versa sobre su poética), un “escritor cuya obra se ubica en esa frontera borrosa que la autoficción instala entre la realidad y lo novelado” [103].

En resumen, el nuevo libro de Diana Salem es un texto en el cual se destaca un gran trabajo de conceptualización, aplicación e intuición: un texto que nos proporciona valiosas claves de lectura para descifrar los significados latentes. Cada vida, decía Ítalo Calvino, es

Revista de Literaturas Modernas Vol. 43, Nº 1 (enero-junio 2013)

una enciclopedia, una biblioteca, un inventario de objetos, un muestrario de estilos, donde todo puede ser continuamente mezclado y reordenado de todas las formas posibles. Vargas Llosa agregaba: “la literatura es el reino por excelencia de la ambigüedad” [14]. Y es también, como lo demuestran estos inspirados y eruditos trabajos, una fuente inagotable de proyecciones subjetivas en donde se entrecruzan la prosa y la poesía, el relato y la metáfora, la memoria y la invención.

DIANA BATTAGLIA
Centro de Estudios de Narratología